

VERACRUZ.

LA GOLA.

I

CUANDO á través de los años que pasan inflexibles agostando y acreciendo generaciones, la mente se engolfa en el recuerdo de aquellos acontecimientos que forman, por decirlo así, parte de nuestra propia existencia, si cerramos los ojos, ó la evocación la hacemos en el silencio y la obscuridad de la noche, parécenos ver desfilar en fúnebre cortejo esos acontecimientos con todos sus detalles y pormenores, con todos los personajes que en ellos han figurado, con todo el lujo escénico con que fueron exornados, llámese este lujo de un esplendor irreprochable, llámesele de una crueldad horrible. Sin orden cronológico, sin hilación ni conexión entre sí, sin más aviso que la misma evocación, ni otro anuncio que su repentino aparecimiento en la fantasmagórica escena, pasan lenta y silenciosamente, y hasta pudiera creerse que, retrocediendo á los tiempos de su existencia real y verdadera, asistimos á la primera representación de ellos.

Yo he sido testigo presencial, ocular, de muchos, y actor en no pocos; y á pesar de que desde los últimos que tuvieron lugar, no los menos sangrientos por cierto, ni los menos gloriosos tampoco para empañar ó abrillantar las páginas de la historia, han transcurrido más de cinco lustros, cuando evoco su recuerdo me parece que me rejuvenezco, que retrocedo á

aquellas épocas de constante batallar en medio de continuas revoluciones; épocas tristes, terribles, luctuosas para la patria, que había confiado á sus buenos hijos la defensa de su honra y de su autonomía, pero llenas también de patrióticas aspiraciones, de nobles deseos, de altivas ambiciones por parte de los que sostenían y defendían sus propios derechos en favor de lo integridad del territorio nacional, y para hacer triunfar la bandera constitucional villanamente ultrajada, desconocida é insultada por aquellos que, á su amparo, juraron la ruina de la República, entregándola en manos del invasor.

Y naturalmente, al recordar los sucesos, vienen á mi mente, y me parece palpar á los hombres que en ellos tomaron parte: y distingo perfectamente los lugares donde se verificaron; pero ¡ay! la ilusión desaparece, y la realidad toca la fibra sensible del sentimiento que se alberga en el corazón, y la diestra mano queda inútilmente tendida en espera de estrechar cordialmente la del amigo, y los brazos inútilmente abiertos, deseosos de estrechar entre ellos al hermano, al compañero, arrebatado ya por la implacable muerte, á mejor vida quizá.

II

Recuerdo con grata fruición, con un sentimiento de orgullo que me complazco en referir, la noche del 15 al 16 de Marzo de 1860; y conmigo la recordará también, si llegare á leer estos apuntes el amigo fiel á quien los dedico, porque en esa noche triste y fatal para el ejército que sitiaba á Veracruz, pero de fecundos y brillantes resultados para sus defensores, recibí una prueba, un testimonio de cariño de los valientes guardias que defendían el fuerte á nosotros confiado.

Permitidme que os refiera brevemente lo que pasó; pero os suplico que no hagáis caso de mi personalidad, que si figura es solamente para realzar más la generosidad de aquellos buenos camaradas á quienes me cupo la honra de mandar.

Ya rotos los fuegos por parte del enemigo contra el fuerte, noté cierta vacilación entre los infantes que cubrían la pieza de artillería de la cortina núm. 3, debido á que el sargento se había ocultado cobarde y vergonzosamente; y queriendo animarlos con mi presencia y con la voz, salté desde la banqueta al parapeto. La densidad del humo no me permitió calcular bien la distancia, y pisé en falso sobre el borde del parapeto, cayendo de espaldas y escapándome la espada de entre las manos.

Cien bocas prorrumpieron en un grito de rabia y de dolor, y veinte hombres corrieron á levantarme, creyendo que había sido herido ó muerto; pero al verme en pie sano y salvo, y lanzarme de nuevo al parapeto para ponerme al lado del Jefe del punto, el Coronel José Juan García, un hurra de alegría se confundió con el estampido del cañón y el silbido de los proyectiles que lanzaban furiosos sobre los soldados de la Reacción, los defensores de la "Gola."

Pero, ¿sabéis lo que era la "Gola?"

No: lo ignoráis porque pertenecéis en gran parte, mis queridos lectores, á una generación que ha nacido, crecido y desarrollándose en medio de la paz y de la tranquilidad que hoy se gozan, debidas á los esfuerzos de los que pertenecemos á la época turbulenta cuyos recuerdos evoco.

Pero brevemente os lo diré.

Era un reducto, un fuerte avanzado de la ciudad que la defendía en el punto más accesible para ser atacada con éxito: la fuerza que la cubría era la primera que debía resistir el choque de cualquier ataque, sin tener más que esta terrible pero honorífica disyuntiva: "vencer ó morir." Cierto es que no estaba aislada: cubrían sus flancos, cerrados sobre los altos muros de los cuarteles, "La Calavera," pequeño fortín de tres piezas, sostenido por "San Fernando" y "San José," y "Santa Bárbara," baluarte que, formando ángulo con las cortinas de la muralla, cruzaba sus fuegos con la "Gola" y con la "Noria."

Así pues, la "Gola" era el centinela más avanzado, el punto objetivo que el enemigo tenía que atacar y vencer de preferencia para poder penetrar al corazón de la ciudad, de la cual, estratégicamente hablando, era la clave de su defensa; era el único fuerte que no tenía comunicación con la plaza sino por medio de una poterna, angosta y pequeña, que apenas daba paso á un hombre con el fusil inclinado hacia abajo, y el cuerpo replegado sobre sí mismo.

No había retirada posible, y sobre sus muros bien pudo haberse escrito la histórica frase que sobre un poste hizo fijar el General Bonaparte en la batería que mandó situar al frente de las de Tolon: "Batería de los hombres sin miedo."

Y á fe que en la "Gola" nadie lo tenía.

En sus nueve "cortinas" reposaban arrogantes, majestuosos é imponentes nueve bomberos de á 68 y de á 80: nueve leones dormidos, cuyo despertar sería terrible y funesto para los asaltantes. Ochenta artilleros los servían, y doscientos infantes los guardaban, amén de las compañías de Granaderos de "Túxpam," y Cazadores de "Oaxaca," que formaban la reserva; total: cuatrocientos combatientes próximamente, dispuestos á sacrificarse para que sus compañeros pudieran vencer. ¡Ah! la muerte que apenas hizo presa en cuatro ó cinco defensores de la "Gola" durante el bombardeo, ha casi aniquilado sus filas en el transcurso de poco tiempo. José Juan García, Gorordo, García Terán, sus Jefes principales: José María y Manuel Saenz, Bertely, José Miguel Zamora, Baturoni, Carbó, Manuel Galindo, Zafari y otros oficiales subalternos entonces, que más de una vez fueron saludados por los Jefes de la plaza con el dictado de valientes, allí, sobre la trinchera, han desaparecido de entre nosotros, bajando á la tumba arrebatados del seno de la familia, después de haber sobrevivido á más de un combate, en que fueron respetados por las balas enemigas.¹

¹ El C. José Guadalupe Cuadra, cabo de la 6ª compañía del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, á quien fué dedicado este "Recuer-

III

Tocóme la honra de ser designado por el Cuartel General para el mando superior de la infantería que guarnecía la "Gola," quedando al frente de la 5ª y 6ª compañías del batallón de Veracruz que definitivamente debía defender el punto. Y á fe que si la oficialidad era brillante, jóvenes casi todos los que la formaban, las *clases* nada dejaban que desear: hombres de edad madura, aquellos cabos y sargentos inspiraban toda la confianza debida: porque es de advertir, que los cabos y sargentos son, por decirlo así, la base principal sobre que descansan el buen servicio y la disciplina de un batallón. Allí, entre los primeros, estaban Guadalupe Cuadra, siempre grave y vigilante; Félix Torres (á) *Brocha*, el más altivo y orgulloso de los cabos pasados, presentes y futuros; Manuel Castro, apellidado el Chato, sin duda alguna el más quisquilloso y *jaranero*; y entre los segundos, el caballeroso y circunspecto Francisco Jiménez (á) "San José;" el sereno y valeroso Jesús Lepe, y el testarudo Manuel Porragas, todos los cuales, en su oportunidad, dieron pruebas inequívocas de lo que valían.

IV

La noche del 15 de Marzo, noche bien oscura por cierto, en la que una sola estrella no brillaba en el cielo, la "Gola," lo mismo que la ciudad entera, lo mismo que las baterías y el campamento enemigo, guardaban el más profundo silencio: las fogatas, preparadas pero no encendidas, no iluminaban la campiña: ni una luz, ni el más leve rumor se escuchaba, é imposible era creer que dentro de la una y tras las otras, algunos millares de hombres, escuchándose, espíándose, midiéndose," y que formó parte de los veinte hombres que hicieron el reconocimiento del campo enemigo que aquí se refiere, falleció en Orizaba hace pocos meses querido y apreciado de cuantos lo trataron.

dose en medio de la obscuridad, esperaban un momento dado, una señal tan sólo, para embestirse y destrozarse mutuamente, con toda la ferocidad, con todo el rencor, con toda la zaña que engendran los odios políticos. Y, sin embargo, el sacrificio era preciso.

De un parte, el derecho, la razón, la justicia, el patriotismo y la dignidad lo exigían.

De la otra, el fanatismo, la ambición, la sed de venganza, el orgullo también lo demandaban.

A las once, se presentó en la "Gola" el Ministro de la Guerra, acompañado del General en Jefe; momentos antes se había escuchado á lo lejos el eco de un clarín con sordina, que tocó "misa," cuyo toque fué repetido simultáneamente en tres puntos distintos del campo enemigo.

Era una contraseña sin duda.

El General en Jefe conferenció breves instantes con el Comandante del fuerte.

—¡Veinte hombres decididos!—dijo con voz clara y tranquila,—con un oficial que los mande, para desempeñar una comisión de peligro.

Al punto fueron tomados entre infantes y artilleros los veinte soldados que estaban más cercanos: no había necesidad de escoger: todos podían desempeñar la comisión por peligrosa que fuera.

—¡Teniente López!—agregó aquél, después de haber hablado con el Jefe de la infantería,—acérquese vd.

Inmediatamente se presentó un joven oficial de aventajada y arrogante estatura y de simpático y sereno continente, pero cuyo rostro denunciaba que era dado más á la chanza que á lo serio. Luego saludó militarmente.

El General Iglesias dió sus órdenes reservadas al oficial designado, pasó revista á aquella pequeña fuerza, y el resto de la guarnición sólo pudo oír estas palabras, que se cruzaron como una despedida entre el superior y el subalterno:

—Necesitamos una prueba de que vd. y sus soldados han

llegado al punto designado para observar los movimientos del enemigo.—Dijo el primero.

—Está bien, mi General,—contestó el segundo.

Y sin vacilación alguna, sin despedirse de sus compañeros, oficiales y soldados descendieron al foso, pasaron la contraescarpa, salvaron las obras exteriores y desaparecieron entre las sombras de la noche, divididos en dos pelotones que avanzaron por distintos puntos en dirección al campamento enemigo, sin que apenas se percibiera el rumor de sus pasos.¹

Aquel grupo de valientes había ido á observar de cerca el movimiento de avance que operaba el ejército reaccionario, y que había sido denunciado por los ecos del clarín que tocó “misa.”

V

La guarnición de la “Gola” cubrió sus puntos tras de las cortinas, y las compañías de reserva penetraron al fuerte, formando en batalla á retaguardia y descansando sobre las armas.

El silencio acrecía, y la expectativa era general en toda la línea.

Veinte minutos transcurrieron sin que nada indicara ni el avance del enemigo, ni el resultado de la exploración emprendida.

De repente un pequeño punto luminoso primero, una lengua de fuego después, y el incendio de una casa en seguida, iluminó intensamente gran parte del campamento: disparos de fusil atronaron el espacio casi al instante convergiendo sus fuegos al punto incendiado, y algunas bombas y granadas pe-

¹ No me es posible recordar los nombres de todos los que concurrieron á ese peligroso reconocimiento, sobre todo el del sargento y artilleros permanentes que tomaron parte en él; pero de los guardias nacionales de infantería, conservo en la memoria los de Guadalupe Cuadra, José Valdesf, Julio Urriola, Arcadio Jiménez, Manuel Bertely, Manuel Rosso, José María Lagos, Guadalupe Cadena, Juan Bello y José María Centeno.

netraron á la ciudad. Luego se hizo claro y distinto el paso acompasado de una pequeña fuerza que se dirigía á la “Gola,” y á poco apareció el Teniente López con su gente, quienes, después de reconocidos, penetraron á la fortificación.

Ni uno de sus hombres faltaba.

El General en Jefe les salió al encuentro, y dos soldados depositaron en tierra una pesada cañería de fierro que habían extraído de la “Fábrica del Gas,” á doscientos metros de la primera columna de ataque, y á trescientos del campamento, y el oficial le presentó un “escucha” del enemigo, avanzado, á quien había hecho prisionero; y como si todo esto no fuera ya una prueba evidente de que habían cumplido fielmente su comisión, él y el sargento habían avanzado unos cincuenta metros más, y allí en las narices de los contrarios, pusieron fuego á la miserable y derruida choza que servía de albergue al único morador por entonces de la “Laguna de los Cocos.”¹

VI

El ataque no se hizo esperar.

Media hora después, la artillería que avanzaron sobre la “Huaca,” “El Cristo,” la “Alameda” “El Cañón del Fraile” y la vía férrea, abrió sus fuegos á metralla, sostenidos por los de la infantería que la cubría, en medio de un vocerío infernal con que se insultaba á los defensores de la plaza, dirigiéndoles las palabras más soeces y obscenas. Por toda respuesta la “Gola,” punto principal del ataque, disparo sus enormes bomberos, entre los ecos de “Los Cangrejos” que en el foso

¹ Era un hombre de edad avanzada que cuidaba la canoa que servía á los cazadores para recorrer la laguna en la época de la cacería de los “patos buzos” ó “cunates,” á fin de recoger los que mataban. Al aproximarse el enemigo se retiró á la ciudad, ofreciendo sus servicios que fueron aceptados, incorporándose á los “Exceptuados y Rebajados,” que daban el servicio de guardia en el Hospital de Sangre. Esta choza, como las demás construcciones que se mandaron demoler para dejar libre el tiro de la artillería, fué pagada por el Erario federal, luego que terminó el sitio de la plaza.

tocaba la música del batallón Guardia Nacional de Veracruz. Los fuegos se corrieron bien pronto desde la primera línea hasta parte de la tercera; y aquellas columnas ametralladas y fusiladas por el frente y flancos, y alcanzada su retaguardia por las bombas y granadas que disparaban el Caballero Alto y las cañoneras, presentaban un aspecto magnífico en medio del movimiento retrógrado que emprendían para regresar á sus atrincheramientos.

Menos de treinta minutos bastaron para probarles su impotencia, debiendo manifestar que, según noticias posteriores, aquello sólo fué un reconocimiento más formal que el del día 10, y en el que sólo tomaron parte dos columnas de las cuatro que estaban formadas, por si era posible dar un ataque general.

A la una de la mañana, después de levantado el campo, y llevados á la ciudad algunos prisioneros, el silencio era completo en la "Gola," y sólo en los grupos que los soldados formaban al pie de las piezas, se oía referir y comentar en voz baja los incidentes del ataque, y la cobardía del sargento Gutiérrez, y la bravura del Teniente López, de la 6.^a Compañía.

Para terminar este "Recuerdo" haré presente, que tanto el Ministro de la Guerra, como el General en Jefe y otros oficiales superiores que les acompañaban, felicitaron calurosamente tanto á López como á sus compañeros, por el hecho que acababan de llevar á cabo: y que por disposición del primero, se hizo mención honorífica de él, en la orden de la plaza del siguiente día.

VERACRUZ.

Fallecimiento del Gobernador del Estado y Coronel del Batallón de Infantería Guardia Nacional de Veracruz, C. Manuel Gutiérrez Zamora. —Mirada retrospectiva. —Llegada de los Obispos desterrados. —Rasgos característicos del Gobernador. —Su muerte. —Aspecto de la ciudad. —Funerales.

I

LA reacción estaba aniquilada, vencida, humillada. Después del gran desastre de Calpulálpam, de sus jefes principales unos huyeron á ocultar su vergüenza á lejanos lugares dentro del país, y otros marcharon al extranjero á promover la venta de la Nación para satisfacer su venganza, importándoles muy poco marcar su frente con el estigma del traidor, para dejar sobre su huella un nuevo rastro de sangre.

Algunas partidas diseminadas, de bandoleros, capitaneadas por forajidos de la estofa de los Cobos, los Cajigas y los Márquez, buscaron abrigo entre las fieras sus congéneres en los intrincados bosques, ó entre las asperezas de las montañas, y espían el momento oportuno para asaltar, robar é incendiar pequeñas poblaciones ó aldeas indefensas, asesinando á sus moradores; ó buscaban la oportunidad para vengarse, en nombre de la religión, de ilustres patriotas que habían sido el alma, por decirlo así, de ese gran movimiento nacional que se conoce en la historia con el título de "Guerra de Tres Años," ó de "Reforma."